

## Prólogo. El nacimiento de la revista *Gerión*

En 2023 hará 40 años de la aparición del volumen primero de *Gerión*. No hay en España una tradición historiográfica sobre el tiempo presente, aunque en los últimos años se han desarrollado algunos trabajos. Al modo herodoteo permítaseme narrar algo de lo que tengo una visión autóptica. Escribo *sine ira et studio* sobre unos hechos acaecidos hace 40 años, sin duda mi visión está condicionada por mi interpretación general de las circunstancias, el lector deberá filtrar esta información y llegar a su propia comprensión del hecho.

En el curso 1981/82, la Universidad Complutense abrió la posibilidad general de que los departamentos pudiesen solicitar la creación de una revista. Así, muchos departamentos lo solicitaron y obtuvieron dicho privilegio. Entre ellos, el Departamento de Historia Antigua presidido en aquel momento por Don José M<sup>a</sup> Blázquez Martínez; Profesores Adjuntos, hoy Titulares, éramos Federico Lara Peinado, Domingo Plácido Suárez, José Remesal Rodríguez, y en 1982 se sumó Gonzalo Bravo Castañeda, hoy todos jubilados. Jesús Urruela Quesada, si no recuerdo mal, en aquel tiempo contratado como ayudante, era el secretario del departamento y por tanto quien accedía a toda la información. Fue él, naturalmente, quien por su cuenta empezó a pergeñar la revista.

Un día, acompañando a Blázquez en uno de sus viajes de ida y vuelta en el día, en coche, no recuerdo si a Cástulo o a Salamanca, le expuse cuál era mi idea de cómo debía ser la revista. Lacónicamente, me respondió: “no te preocupes”. Dejé de hablar del tema.

Cuando finalmente fue autorizada la revista, tuvimos una reunión de departamento en la que se optó por el nombre. Se eligió *Gerión*, siguiendo el criterio de que impactaba más un nombre corto y que evocara rápidamente una idea vinculada a la historia antigua de *Hispania*. Ya existía la revista *Habis*, de la universidad de Sevilla. Todos estuvimos de acuerdo en que el director debería ser el profesor Blázquez y así fue votado, o, mejor dicho, acordado por unanimidad. Cuando se propuso votar para el puesto de secretario, Blázquez pidió la palabra y expuso que para ese cargo se le debía permitir que fuese él quien eligiese a un secretario de su confianza. Estuvimos de acuerdo con su propuesta. Blázquez dijo: “Remesal”.

La elección sorprendió tanto a otros (que esperaban ser elegidos) como a mí mismo (que no lo esperaba, pues Blázquez me había mandado callar cuando yo le exponía mis ideas).

Mi idea nacía de lo aprendido junto al Prof. Michel Ponsich, que se ocupaba de la edición de los *Mélanges de la Casa de Velázquez* a principios de los años setenta del siglo pasado (fui *Membre libre* de la Casa de Velázquez entre 1973 y 1975); de cuanto había observado durante mi estancia como becario en Roma (1977/78) y, más tarde, en Heidelberg (1979/80), y de mi propia visión del estado de la historia antigua en la Universidad española, visión en gran modo influida por la de Blázquez.

Puede decirse que la Historia Antigua, como disciplina académica, nació en España en 1966 cuando se crearon cátedras específicas en Salamanca (J. M<sup>a</sup> Blázquez), Valladolid (A. Montenegro) y Granada (M. Vigil). No cabe duda de que de esta tríada fue Blázquez el que estuvo más interesado en la integración de nuestra especialidad en el ámbito internacional. Contaré una anécdota: visitando al prof. Bogaert en Nimega, él me dijo: “yo de España sólo conozco a dos, a usted ahora y a uno grande como un oso, que va a todos los congresos y que habla alemán como un frisio” (los frisios son considerados como entre nosotros los leperos). Mi maestro, Blázquez, respondió. Sí, Blázquez era el único que se daba a conocer en el extranjero. Llevaba a congresos internacionales, siempre que podía, temas relacionados con la historia de *Hispania*, y en sus publicaciones incluía siempre cuanta bibliografía extranjera conocía, haciendo así de correa de transmisión en ambos sentidos. Hacía innumerables copias de sus artículos que difundía por todo el mundo, lo que hizo que muchos le conocieran y mantuvieran contactos con él. Y, como sabemos, enviaba a sus alumnos a estudiar a uno o más países extranjeros.

En España, se habían creado ya dos revistas dedicadas al mundo antiguo *Habis* (1970) en Sevilla e *Hispania Antiqua* (1971) en Valladolid. Pero ambas estaban más centradas en temas hispanos y estudios realizados por españoles.

*Gerión* nació, bajo la dirección de Blázquez, con la intención de colmar esa laguna: interrelacionar la investigación hispana con la europea y, sin duda, fue por esto por lo que Blázquez me eligió secretario, pues del tema habíamos hablado los dos en multitud de ocasiones. Esta voluntad queda palpable en el escrito de presentación de la revista, en cinco idiomas: alemán, español, francés, inglés e italiano.

Observará el lector que el primer volumen está dedicado al Prof. Montero Díaz. Fue una propuesta del más joven de sus alumnos, Jorge Martínez-Pinna, que yo acepté y defendí de buen grado. Dedicarle el volumen a Montero era mostrar que no éramos los primeros, sino que existía ya una tradición de historia antigua en la Complutense, aunque fuese desconocida por los extranjeros. Hubo reticencias de algunos miembros del departamento a esta dedicatoria. Propusieron que quitásemos la imagen y que, sin embargo, se le dedicara un volumen de homenaje a Montero. Conseguimos que se aceptaran las dos cosas, publicar la imagen y que se organizaran un homenaje a Montero, cuya organización recayó sobre el más antiguo alumno del Prof. Montero Díaz.

Esto dio pie al nacimiento de la idea de crear los “anejos de *Gerión*”. El primero, por iniciativa del Prof. Blázquez, fue publicar el quinto volumen del homenaje al Prof. García y Bellido (1988), que permanecía inédito. El homenaje al Prof. Montero Díaz no progresó hasta que se hizo cargo de él Jorge Martínez Pinna, quien firma la introducción con Blázquez, soslayando elegantemente en esas líneas las tensiones que el lector puede deducir de cuanto he escrito. Este libro constituye el segundo de los anejos (1989). El tercero, a propuesta mía, fue dedicado en homenaje al Prof. Michel Ponsich, el primero de mis maestros, que fue quien me puso en contacto con el Prof. Blázquez. La presentación la firman Blázquez y Santiago Montero Herrero, quien se encargó de la edición (1991), pues yo, desde el 1988, estaba en Barcelona.

Naturalmente, fue necesario diseñar una estrategia: crear un consejo de redacción compuesto por miembros del departamento y unas reglas de funcionamiento y unos principios de gestión de la revista. Como secretario, abrí un libro de actas, que, si mi información es correcta, se ha perdido con el tiempo. En él se recogían todas las

normas y principios de funcionamiento y las actas de las reuniones en las que yo intervine.

El principio fundamental era que la revista tenía que estar abierta tanto a investigadores extranjeros, como nacionales, como a los miembros del departamento. En esta dirección, se dividió la revista en tres partes, destinada cada una a investigadores de cada uno de los grupos reseñados. No era el establecimiento de una regla matemática con un número fijado de páginas, sino la voluntad de tener abierta las tres direcciones, el secretario debía intentar que hubiese una proporción semejante en cada uno de los apartados. Se fijó una fecha para la recepción final de los manuscritos, que eran leídos y seleccionados por los miembros de consejo de redacción, que se reservaban siempre la posibilidad de consultar a algún experto en el tema del artículo que se presentase. Pero los miembros del departamento debían entregar sus contribuciones al menos un mes antes del cierre de la edición, para que los miembros del consejo de redacción pudiesen leerlo con anterioridad y hacer las indicaciones pertinentes, de modo que, en el momento de decidir qué artículos seleccionar para el número, los de los miembros del departamento ya habían pasado un primer control de calidad a la hora de la selección, y, por tanto, estaban en condiciones de concurrir con cualquier otro artículo.

Hoy día estamos habituados a mantener un tira y afloja con “el par ciego”, que a veces se empeña en imponer su criterio sobre el del autor, entonces no. Se aceptaba o no un artículo, en caso de rechazo se daban unos argumentos generales. Sólo los miembros del departamento tenían la opción de “mejorar” sus artículos. A veces fue difícil hacer que colegas del departamento aceptaran las críticas del consejo de redacción, nadie estaba habituado a la crítica. Por eso, mientras fui secretario, no públque en *Gerión*, para evitar que alguno pensase que me beneficiaba mientras criticaba a otros.

Dado el poco peso que la ciencia de la antigüedad española tenía en el extranjero, sólo había un único camino para atraer a autores de fuera de nuestras fronteras: usar el prestigio de Blázquez para hacer que autores de renombre internacional publicaran en nuestro *Gerión* y, a través de ellos, que otros enviasen sus artículos voluntariamente. Blázquez directamente, o yo en su nombre, recabábamos artículos a los personajes que Blázquez proponía, o a los que yo u otros miembros del consejo de redacción proponíamos con la aceptación de Blázquez.

En estos tiempos, algo ha cambiado radicalmente. Antes, era el autor el que daba prestigio a una revista, ahora es la revista la que da prestigio al autor, grave error en mi opinión. Antes, el editor tomaba posición ante las críticas vertidas por uno y la defensa del otro, ahora prefiere ampararse en lo que dicen los revisores. Lamentablemente, dado que los revisores actúan secretamente, muchos hemos tenido experiencias de que algunos revisores actúan de mala fe, el editor no ha tenido el valor de rechazar informes mal intencionados y se ha amparado en ellos para rechazar un determinado artículo. Por eso defendiendo que los informes sean públicos y también sus autores. Así, nadie podría hacer daño impunemente y el colectivo podría apercibirse de estos desmanes.

Naturalmente, los artículos que eran pedidos a personalidades reconocidas no eran sometidos a control, se aceptaban y basta, el hecho de pedírselos implicaba el compromiso de publicarlos. De los enviados voluntariamente por autores españoles o extranjeros, si eran buenos, si no cabían en el volumen en curso, los reservábamos para el volumen siguiente. Los autores solían aceptar la situación, porque *Gerión*

pronto adquirió fama de buena revista, pues fueron rechazados numerosos artículos y porque se publicaba puntualmente. Para nosotros, tenía la ventaja de que, montado un número, disponíamos ya de algunos artículos para el siguiente volumen.

Se ofrecían a los autores 25 separatas gratuitamente, si solicitaban más debían pagarlas, era lo normal en aquel momento. Géza Alföldy preguntó cuanto le costarían 200 separatas. Se las ofrecimos gratis. Si Alföldy distribuía 200 separatas de nuestro primer volumen entre sus conocidos, entendimos que era una propaganda excelente para nuestro primer número. Lo mismo hizo el Prof. Blázquez.

Apenas publicado el primer volumen, encontré en Heidelberg a un joven colega estadounidense que, en aquel momento, había adquirido un notable prestigio por un volumen suyo recién publicado. Le mostré nuestro número uno y le invité a que participara en el siguiente. Esta fue su respuesta: “La historia antigua en España no significa nada”. Cuando le insistí en que viese quiénes habían participado en el primer volumen, respondió: “El primer volumen de todas las revistas es siempre así, luego nada”. Volví a encontrarlo de nuevo en Heidelberg un par de años después y le mostré el último número. Su respuesta fue: “Sí, ya lo he visto, es un volumen interesante”. Le respondí: “Ahora, si quieres publicar aquí, lo tendrás que pedir”.

Pero lo importante, si queríamos hacer una buena revista, reconocida, era establecer el mayor número posible de intercambios. Reuní un amplio directorio y en los dos primeros años conseguimos más de doscientos intercambios. El alto volumen de intercambios era también un modo de atraer a autores interesados en difundir internacionalmente su obra. La presencia en los volúmenes de personajes de alto prestigio imponía a los otros autores un cierto autocontrol, de modo que sólo enviaban artículos que confiaban que pudiesen pasar los controles de calidad establecidos. En este sentido, hay otra anécdota significativa. Un editor estadounidense, con cuya revista manteníamos intercambio, me hizo saber que su revista tenía un precio de mercado muy superior a la nuestra, de modo que teníamos que abonarle la diferencia. Con mucho pundonor le respondí que nosotros lo que intercambiábamos eran ideas, no precios. Pero la reacción práctica fue elevar el coste de venta de *Gerión* a 5000 pesetas. Para nosotros no tenía ningún efecto negativo, pues lo que realizábamos eran intercambios, pero aquello podía incitar a los responsables de otras revistas a intercambiarla en lugar de a comprarla.

Al tercer año de la creación de las revistas, fuimos reunidos los secretarios por los responsables de la Editorial de la Universidad, quienes nos informaron del gran coste que suponía mantener las revistas y que los departamentos debían comenzar a costear parte de la edición. Me opuse rotundamente, mostrando que el valor económico de nuestros intercambios era muy superior a los costes de impresión y que la biblioteca de la universidad se estaba enriqueciendo notablemente, a lo que había que añadir el prestigio que estaba obteniendo nuestro departamento y por tanto nuestra universidad. Propuse una moratoria: que las revistas que en dos años no llegasen a un mínimo de doscientos intercambios fueran suprimidas. Mi propuesta no fue aceptada, pero sí conseguí que nuestro departamento no tuviese que pagar por la impresión de *Gerión*.

En 1988, al ganar la cátedra de Barcelona, con la anuencia del Prof. Blázquez, dejé *Gerión* en manos de Jorge Martínez-Pinna, que supo mantener el mismo espíritu. Cuando él dejó *Gerión* en manos de Santiago Montero Herrero, la revista había consolidado su estilo. La presencia de Blázquez, como director, garantizaba el mantenimiento de la idea que dio lugar a *Gerión*.

En honor de cuantos en estos años han intervenido en la realización de *Gerión*, hay que decir que han sabido mantener el espíritu y carácter con el que nació, que han sabido mantener la regularidad anual en la edición, que era uno de los grandes males de las revistas españolas, la puntualidad en los plazos de recepción y publicación de los manuscritos, y que han sabido continuar la idea de los anejos, habiendo publicado volúmenes bastante significativos.

Como es sabido, mantuve mi interés en contribuir editorialmente a la difusión de la ciencia de la antigüedad en España, por lo que en 1993 creé una serie de monografías, *Instrumenta*, que, hoy en día ha publicado 84 volúmenes y otros están en fase de composición. Espero que el lector acepte que tengo cierta experiencia en el tema.

Si alguien me preguntase ahora qué pienso, contestaría:

*Gerión* contribuyó, y continúa contribuyendo, de un modo particular, a hacer presente la investigación hispana sobre la antigüedad en el concierto internacional, lo cual debe convertirse en un reconocimiento general y recordar que sólo fue posible gracias a la dedicación del Prof. D. José M<sup>a</sup> Blázquez y, naturalmente, de cuantos detrás de él han sabido mantener su línea.

Los editores de *Gerión*, como de otras muchas revistas, deberían romper el vicioso círculo generado en torno a la revisión “por pares”. No cabe duda de que las revistas deben de saber establecer sus propios criterios de calidad y no aceptar unos criterios generales impuestos por sociedades que disponen de medios para “autoevaluarse” y aparecer como las mejores y que proceden de un ámbito cultural que no es el nuestro, en el que las revistas de nuestra especialidad están prácticamente ausentes.

Si se acepta el principio de revisión “por pares”, que no es una idea nueva, en la Real Academia de la Historia funcionaba ya en el s. XVIII, en caso de conflicto entre el reseñante y el reseñado la decisión final la tomaba el Censor, un cargo independiente dentro de la estructura de la Academia. Siguiendo este criterio, la decisión final debe ser hecha por la dirección de la revista y debe tener la perspicacia suficiente para descubrir cuáles pueden ser los “informes” viciados y nunca ampararse en ellos para rechazar un artículo (ya sé que en la práctica algunas veces, en algunas revistas, se han elegido voluntariamente “informantes viciados” para poder rechazar a un autor menos querido por la redacción de la revista). Es necesario aceptar las opiniones del autor, a menos que manifiestamente contradigan los principios y métodos generales de nuestra disciplina o que el trabajo carezca de originalidad (ciertamente, hoy día, debido a las “presiones curriculares”, se está produciendo mucho “re-publicanismo”). No se deben limitar las posibilidades de expresión de cada uno de nosotros: al fin y al cabo, el responsable de lo escrito es el autor.

Pondré un ejemplo: en una conocida revista inglesa pretendimos publicar un artículo sobre la distribución de aceite bético en *Britannia*. Los informantes hicieron algunas precisiones que consideramos útiles y aceptamos. Sin embargo, un informante negaba la totalidad de nuestra idea, que defendía que habían existido unos centros de redistribución regional del aceite bético y proponíamos que uno de esos centros había sido *Vindolanda*. Uno de los informantes negó nuestra idea diciendo que en *Vindolanda* no se había hallado ningún *horreum*, por tanto, *Vindolanda* no podía ser un centro redistributivo de aceite bético por carecer de almacenes. Con este argumento, fue rechazado el artículo. Lo que al parecer no sabía nuestro informante es que un *horreum* es una estructura arquitectónica unida a la conservación del grano, innecesaria para conservar el aceite que ha llegado en ánforas, que pueden

ser conservadas en cualquier espacio, sin necesidad de una cámara de aireación y aislamiento del suelo como necesita el grano. Al mismo tiempo, los responsables de la revista demostraron ser tan ignorantes como el sabio informante. El artículo se publicó en una revista alemana y ha tenido bastante éxito.

En definitiva, los responsables de una revista científica deben ser los más interesados en conseguir artículos novedosos y de calidad. Como responsables, deben asumir, con independencia de los informes recibidos, si deciden aceptar un artículo o no, porque, como se empieza a apreciar, la existencia de un “formato editorial rígido” impuesto siguiendo patrones que son impuestos a su vez desde visiones lejanas, está impidiendo el desarrollo de nuevas ideas, pues el autor debe acomodarse, técnicamente, a lo exigido por el sistema, lo que refuerza el “republicanismo”.

En fin, como colectivo, sintámonos contentos por el desarrollo que la ciencia de la antigüedad ha tenido en España en los últimos años, progreso en el que en los últimos cuarenta años ha tenido gran influencia la revista *Gerión*.

José Remesal Rodríguez  
Real Academia de la Historia  
Universidad de Barcelona  
[remesalrod@gmail.com](mailto:remesalrod@gmail.com)